

Tiempo presente

¡Es la economía, indignados!

Los «economistas aterrados» combaten los tópicos del neoliberalismo y su entronización del mercado

JULIO ANTONIO VAQUERO
IGLESIAS

Cada día que pasa se le hace más difícil a este capitalismo financiero que sufrimos mantener la cohesión social y contener las protestas. Y cada vez más frecuentemente se tiene que recurrir a la represión para acallarlas. Basta recordar la dureza empleada por el Gobierno conservador de **Cameron** en la represión de los autores de los últimos sucesos traumáticos ocurridos en Londres y otras ciudades inglesas o la violencia con que comienzan emplearse aquí, en España, las fuerzas de seguridad contra los manifestantes del 15-M. Sin duda, el Rey comienza a ser visto desnudo cada día por mayor número de ciudadanos sufrientes. Sin embargo, el discurso hegemónico (en el sentido gramsciano) que ha legitimado durante estas últimas décadas este capitalismo senil sigue todavía vigente y los defensores de la teocracia de los mercados continúan utilizándolo como instrumento de justificación del sistema neoliberal. Se trata de salir de la crisis económica aplicando medidas propias del capitalismo neoliberal, esto es, algo así como si se tratase de salvar a un moribundo envenenado, aumentando las dosis del veneno que lo ha llevado a esa situación fatal. Y eso exige, claro está, reforzar aún más la teoría neoliberal que sustenta tales prácticas. La razón no está, desde luego, en un error de diagnóstico, sino en tratar de mantener hasta el final —o, incluso, aumentar— a través de las prácticas especulativas los desproporcionados beneficios que este capitalismo salvaje a una minoría, haciendo que las consecuencias de la crisis las paguen los sectores más débiles de la sociedad, precisamente aquellos que ni se han beneficiado ni son responsables de su origen.

Que todavía ese discurso legitimador sigue en pie y es dominante lo demuestran varios hechos. Las medidas anticrisis nacen y se justifican desde el pensamiento y la teoría neoliberal; y las críticas y remedios que proponen los sectores que comienzan a no aceptar esta situación y protestan contra ella no van directa ni radicalmente al núcleo del problema que son los fundamentos del sistema neoliberal. Bas-



Protesta de «indignados».

ta para demostrar lo primero las reformas que proponen los gobiernos y los organismos económicos multilaterales para tratar de salir de la crisis (la última, en España, la reforma constitucional para controlar el déficit). De lo segundo es prueba palpable las críticas y medidas que proponen los «indignados» del 15-M. Enfatizan estos últimos («le llaman democracia y no lo es») más las reformas políticas de la democracia demediada que vivimos en España y la justa necesidad de una verdadera democracia participativa, que los cambios estructurales del sistema o el remedio a las disfunciones básicas del capitalismo neoliberal.

No es extraño que entre los textos de cabecera de los «indignados» esté en primer lugar el valiente y ético panfleto de **Stéphane Hessel** y otros de la misma naturaleza surgidos de autores españoles. Sin embargo, ha quedado en segundo plano, aunque también haya tenido cierta difusión y aparezca ya en las listas de los libros más vendidos, otro como **Manifiesto de economistas aterrados** (Editorial Pasos Perdidos/Ediciones Barataria, 2010) que expone de manera pedagógica diez falsas evidencias (y las correspondientes medidas correctas que, según ellos, deberían adoptarse) con las que el discurso eco-

nómico neoliberal trata de justificar las medidas anticrisis que nos proponen. Sus autores son cuatro economistas franceses «aterrados» por la situación económica actual y su contenido ha tenido ya la adhesión de unos 3.000 economistas y profesionales.

La crisis financiera y económica ha demostrado, según ellos, que ni los mercados financieros son eficientes para el funcionamiento de la economía ni para la asignación de capital, sino que, al contrario, se han convertido en fuente continua de inestabilidad. No sólo no favorecen el crecimiento económico, como asegura la teoría neoliberal, sino que realmente lo obstaculizan y son el origen de los grandes desequilibrios que estamos padeciendo. Las empresas financiadas por esos mercados buscan como objetivo casi exclusivo obtener desproporcionados e insostenibles beneficios para los accionistas y también para los directivos de las empresas, que han dejado de ser verdaderos asalariados. Lo que, a la larga, es un obstáculo para un crecimiento económico regular y saneado. Como tampoco, al contrario de lo que defienden los que sostienen su eficiencia, los mercados financieros son buenos jueces de la solvencia de los Estados. Las agencias de calificación financiera no son realmente objetivas ni neutrales, sino que proporcionan a los mercados una valoración subjetiva e interesada que contribuye a determinar los tipos de interés de la deuda pública favorables para los operadores y busca alimentar la inestabilidad como fuente de enormes beneficios especulativos.

Asimismo, el origen del alza excesiva de la deuda pública no está, como tratan de hacernos creer los políticos y economistas neoliberales, en los gastos indiscriminados por encima de sus posibilidades de los gobiernos en sus «ineficientes» estados del bienestar, sino en la caída de los ingresos públicos originada como consecuencia de la debilidad del crecimiento económico y de la contrarrevolución fiscal (bajada sustancial de los impuestos) que los gobiernos han llevado a cabo desde el final del siglo pasado basándose en la aplicación de los principios neoliberales.

Tampoco es cierto, como se apunta en el Manifiesto, que sea un hecho evidente que la única medida para reducir la deuda pública consista en limitar los gastos del Estado con un ajuste brutal que suponga dismantlar el Estado del bienestar. No sólo por la injusticia social que esto supone y los problemas de cohesión social que originaría, como estamos viendo que está ocurriendo en el Reino Unido tras los recortes brutales llevados a cabo por el Gobierno conservador de Cameron (por cierto, el modelo a seguir por Rajoy en España, de llegar al poder, según sus propias declaraciones), sino porque esas medidas antisociales no traerían además la solución al problema: la deuda pública podría seguir creciendo si no se produce el crecimiento económico, y el ajuste brutal para reducir esa deuda lo va a obstaculizar. Porque el crecimiento económico no es independiente de los gastos públicos estables en educación, sanidad, investigación, infraestructuras, esto es, en el mantenimiento y hasta reforzamiento del Estado del bienestar.

Es fácil suponer que de llevarse a cabo esos recortes de manera masiva y simultánea en toda la Unión Europea, esa política no sólo no contribuiría a sacarnos de la crisis, sino que nos conduciría de cabeza hacia esa recesión que ya aparece amenazante en el horizonte. Y, como en un círculo vicioso, ésta traería aparejada, sin duda, un incremento de la deuda pública.

Desde luego que los autores de este Manifiesto no han pretendido ofrecer un programa económico cerrado como base para una política económica progresista, sino solamente exponer a los economistas y, sobre todo, iluminar a sus conciudadanos con las críticas

de algunas de las falsas evidencias con que nos bombardean hoy los gobiernos y los «expertos» que se alinean con las políticas neoliberales. En realidad, esas críticas y soluciones lo que dejan entrever es una enmienda a la totalidad de ese capitalismo senil que es disfuncional por injusto y que cada día que pasa deja más clara constancia de su inviabilidad para satisfacer las necesidades de la mayoría de las poblaciones. Ésa es la lección que el Movimiento del 15-M debería sacar de la lectura de este Manifiesto. Las medidas y reformas que propongan deberían estar en función de programar el máximo enfocado a solucionar el núcleo del problema: buscar y tratar de implantar un sistema económico alternativo al neoliberal.



Manifiesto de economistas aterrados

Philippe Askenazy,
Thomas Coutrot,
André Orléan y
Henri Sterdyniak
Ediciones Barataria 2011

Tinta fresca

El horror se desata por la noche

José María Latorre actualiza con una turbadora novela gótica el submundo vampírico



TINO
PERTIERRA

A estas alturas, la pluma de tinta ensangrentada de **José María Latorre** ya no tiene quien le haga sombra. Es el autor español más tenaz y coherente del género fantástico. Y punto. Su carrera deja bien claro cuánto le atraen las sombras. Un amante de las tinieblas. Un ex-

plorador de escalofríos que conducen al lector a zonas inquietantes. En la ciudad de los muertos, publicada por Valdemar, Latorre pone al día el submundo vampírico. Por fortuna, y aunque sea innecesario subrayarlo, nada qué ver con **Crepúsculo** ni tonterías por el estilo. Un poco de respeto, por favor. En los paisajes brumosos de Hungría, entre las paredes amenazadoras de un castillo habitado por el misterio, se desarrolla una pelea entre el vampiro y una mujer que le planta cara con el coraje de los seres condenados a ser siempre unos supervi-

vientes. Un enfrentamiento cargado de romanticismo turbio (pensemos en **Poe**, y en otros maestros) y un erotismo de ultratumba (pensemos en tantos maestros, y en **Poe**) que no se limita a beber de las fuentes de **Bram Stoker**, quizás una referencia demasiado obvia para un autor que cruza en sus novelas influencias de todo tiempo y condición, y que se empaqueta de corrientes subterráneas que proceden de la literatura sobremañera pero también del cine y la música. De ahí que, como ocurre en todas las novelas de Latorre, las páginas sean una pantalla de



EN LA CIUDAD DE
LOS MUERTOS
José María Latorre
Valdemar

papel en la que se proyecta un carrusel de imágenes que seguramente habría hecho disfrutar al maestro de la Hammer **Terence Fisher**, del que Latorre siempre se ha declarado rendido admirador. La capacidad narrativa del autor es tan desbordante que la acción se sucede sin tregua ni precipitación, cargando las tintas de forma precisa y envolvente en la creación de una atmósfera ominosa y fatalista, de góticas resonancias que nunca sueñan a pastiche o imitación, sino que ofrecen una mirada nueva, distinta, de colmillo literario bien afilado.